

Sujetos políticos: teoría y epistemología



Un diálogo entre la teoría del discurso, el (re)constructivismo
y la filosofía de la liberación en perspectiva latinoamericana

Martín Retamozo*

Recepción: 23 de julio de 2010

Aceptación: 17 de noviembre de 2010

* Universidad Nacional de la Plata, Argentina.
Correo electrónico: martin.retamozo@gmail.com

Resumen. Se propone una discusión de los aportes de tres teorías actuales influyentes en el pensamiento crítico latinoamericano: la teoría del discurso de Ernesto Laclau, la epistemología del presente potencial de Hugo Zemelman y la filosofía de la liberación de Enrique Dussel. El objetivo del artículo es analizar en estas propuestas el lugar teórico e histórico que tienen los sujetos políticos que disputan la constitución del orden social y los aportes de estas teorías para la comprensión de los movimientos sociales en América Latina.

Palabras clave: sujetos políticos, teoría crítica, epistemología, América Latina.

Political Subjects: Theory and Epistemology. A Dialogue Between the Discourse Theory, the (re) Constructivism and the Philosophy of Liberation from the Latin American Perspective

Abstract. This article proposes a discussion of the contributions of three influential current theories on critical thinking in Latin America: discourse theory of Ernesto Laclau, the “potential present” epistemology of Hugo Zemelman and philosophy of liberation by Enrique Dussel. The article aims to analyze in these proposals the theoretical and historical role of political subjects that are contesting the establishment of social order and the contributions of these theories for understanding social movements in Latin America

Key words: political subject, critical theory, epistemology, Latin America.

Introducción

Los procesos políticos y sociales actuales en América Latina evidencian la presencia de diferentes sujetos políticos cuyo lugar en la disputa por la conformación del orden social no puede ser soslayada. Movimientos sociales, indígenas, campesinos, ciudadanos, de mujeres, de género, de trabajadores disrumpen en el escenario político y disputan en diferente medida los órdenes de dominación.

No obstante esta reconocida relevancia y los distintos esfuerzos por investigar estos acontecimientos históricos, el debate teórico, epistemológico, metodológico y ético-político en el marco de las ciencias sociales críticas latinoamericanas permanece vigente y requiere un urgente desarrollo. En esta perspectiva nos interesa someter a discusión algunos planteamientos ontológicos y categorías teóricas que pueden ayudar a construir plataformas de investigación sobre los

sujetos políticos, y en esta orientación identificar los aspectos epistemológicos que implican desafíos al quehacer de las ciencias sociales en América Latina. En particular nos referimos a tres corrientes que forman parte de lo que podemos llamar en general “pensamiento crítico latinoamericano” y que pueden articularse para avanzar en la comprensión de los sujetos colectivos (movimientos sociales y populares), sus identidades y acciones.

El primer aporte se origina en los desarrollos de Ernesto Laclau en torno a la teoría de la hegemonía y el análisis del discurso.¹ Los trabajos de Laclau resultan contribuciones fundamentales para considerar los conflictos por la constitución del orden social, en tanto ofrece categorías para pensar una ontología de

1. Los trabajos de Laclau han tenido un enorme impacto, especialmente en la polémica posmarxista a partir de *Hegemonía y Estrategia Socialista*, escrito con Chantal Mouffe en 1985, donde desarrollan una particular apropiación de autores como Gramsci, Lacan y Foucault. Laclau es de nacionalidad argentina y si bien ha desarrollado su carrera académica en Inglaterra como profesor en Essex su influencia en América Latina es particularmente intensa, tanto en sus teorizaciones sobre la hegemonía como en su conceptualización sobre el populismo plasmada en *La Razón Populista* (2004) que ha sido referente en las discusiones sobre procesos sociales y políticos en América del Sur, especialmente la Venezuela de Chávez, la Bolivia de Evo Morales, el Ecuador de Rafael Correa y la Argentina de Néstor Kirchner.
2. Hugo Zemelman es uno de los pensadores latinoamericanos contemporáneos más destacados. Chileno de nacimiento, abogado y sociólogo, exiliado radicó en México donde fue profesor del Colegio de México hasta su retiro y fundación del IPECAL (Instituto de Pensamiento y Cultura de América Latina) el cual preside. Zemelman es un insoslayable referente en las discusiones sobre epistemología de las ciencias sociales en América Latina.
3. La filosofía de la liberación tal vez pueda ser considerada si no la única la más relevante corriente filosófica nacida en América Latina. Surgida hacia finales de los sesenta y principios de los setenta, buscó construir una apropiación situada de los aportes filosóficos tradicionales y un diálogo con otros modos de pensar situaciones coloniales. Enrique Dussel es indudablemente su referente más visible, argentino de nacimiento peregrinó, por varios países y universidades hasta radicarse en México forzado por las condiciones políticas dictatoriales en su país natal.

la indeterminación política y avanzar en la conceptualización de los sujetos políticos. La teoría política de Laclau brinda una perspectiva importante para analizar la elaboración de demandas, la configuración de identidades y la constitución de antagonismos en el marco de una discusión sobre los sujetos de la política. Sin embargo, el nivel en que se ubica esta discusión plantea un desafío para las ciencias sociales en lo que concierne a discutir un andamiaje epistemológico que permita la producción de conocimiento social crítico en esta perspectiva. Es decir, los sofisticados conceptos se ubican en el campo de la teoría política cuya potencialidad para construir un enfoque metodológico consistente que guíe la investigación social está en deuda (Howarth, 2005).

La segunda corriente que incorporamos ofrece basamentos para pensar el problema, nos referimos al (re)constructivismo plasmado en la “epistemología del presente potencial” desarrollada por Hugo Zemelman.² En esta perspectiva es central el tema de los sujetos sociales por considerarlos condensadores de historicidad y agentes de concreción de futuros posibles. Esto plantea desafíos tanto a la colocación del sujeto investigador como el lugar de la construcción de categorías, así como por las consecuencias que una concepción de este tipo tiene en el plano epistemológico y metodológico (la relación sujeto-sujeto, la conciencia histórica, la dimensión utópica)

La filosofía de la liberación, con figuras como Enrique Dussel,³ contribuye también al debate en torno a los sujetos sociales emancipatorios, la apertura de espacios sociales de disputa y procesos re-instituyentes en América Latina. Esta corriente latinoamericana hace suyos los problemas del fundamento ético-político de los proyectos de liberación y asume el reto de pensar, por ejemplo, el pueblo como sujeto histórico a la

vez que interpela sobre la posibilidad y el alcance de un programa de ciencias sociales crítico.

A partir de la integración de las perspectivas mencionadas, el objetivo central de este trabajo es contribuir a una problematización del campo de los sujetos sociales, su capacidad de acción política y procesos identitarios, indicando nudos teóricos y epistemológicos que requieren de desarrollos que se sitúen a la altura de los tiempos históricos de América Latina. La exposición está ordenada en tres ejes problemáticos, los cuales son objeto de atención con el propósito de dejar planteadas líneas de trabajo que requieren de desarrollos ulteriores. El primero gira en torno a la pregunta por el orden social. El segundo por la conformación de sujetos políticos que lo disputan y el tercero se concentra en los desafíos epistemológicos que se derivan de las concepciones sobre los dos anteriores: el orden y los sujetos.

1. Ontología, política y ciencias sociales

Uno de los aspectos condenados a la mayor desatención en las ciencias sociales contemporáneas se vincula con el planteo ontológico. De allí se derivan una serie de entuertos teóricos y epistemológicos que requieren de reflexión al iniciar el abordaje de procesos de movilización social y política. Lo ontológico, de frecuente confinamiento a las comarcas áridas de la filosofía, es un aspecto clave en la reflexión epistemológica consustancial al quehacer de la investigación social.

La pregunta por la conformación del orden social ha significado en la filosofía (y la teoría) política occidental una referencia ineludible desde la antigüedad hasta nuestros días. En este plano es preciso reeditar contemporáneamente la discusión superando

los planteos naturalistas y realistas ingenuos, en definitiva positivistas, que explícita e implícitamente emergen en muchos de los trabajos en las ciencias sociales.

La tematización de aspectos ontológicos no siempre es abordada debido a su complejidad y abstracción, así como la terminología, en ocasiones metafísica que presenta. Sin embargo, para Heidegger, es preciso cuestionar aquellas figuras de la metafísica tradicional para volver a interrogarnos por los fundamentos del orden. Aquí cobran sentido las preguntas por la producción del ser social, el tiempo sociohistórico, la libertad, la contingencia, la determinación histórica, la ética y la política. El “pensamiento político posfundacional” (Marchart, 2009) es una emergencia de esta necesidad de repensar los puntos de partida de nuestro propio pensamiento en un momento de crisis y devenir-otro del pensamiento social (De Sousa Santos, 2009).

En este plano, pensar una concepción del orden social desde una perspectiva contemporánea implica asumir una posición posfundacional y eminentemente política. No se trata de negar los fundamentos de la sociedad o igualar todos los fundamentos posibles, sino de reconocer que la lucha por establecer los fundamentos, por instituir, por darle cierto ordenamiento a la vida en comunidad es un aspecto inerradicable y genuinamente político. Allí, en la lucha por los fundamentos, en la disputa por el orden social, tendrán un lugar preciado la configuración de sujetos políticos que disputen los ordenamientos históricos. Esta tesis es la que podemos rastrear en autores como Laclau y la que nos provee de claves para pensar la constitución del orden social a partir de aceptar la idea de la primacía de lo político sobre lo social.⁴ La politización de la ontología y su ubicación en las ciencias sociales nos ofrece un terreno renovado para las discusiones

en torno a los modos de construcción política del orden social.

En este sentido, podríamos decir que la teoría sobre el orden social de Laclau tiene rasgos de un *constructivismo postestructuralista* que sintetiza de una forma especial los aportes de Gramsci, Althusser, Foucault, Derrida y Lacan, sobre un problema propio de la tradición moderna desde Maquiavelo y Hobbes. También los aportes de Cornelius Castoriadis sobre la cuestión nos orientan en una concepción posfundacional del orden social que sitúa coordenadas para el abordaje de los sujetos políticos.⁵

En *La institución imaginaria de la sociedad*, Castoriadis (2007) se dedica a explorar con detenimiento los procesos de constitución del orden social. El concepto de “histórico-social” que utiliza Castoriadis busca recuperar las dimensiones diacrónica y sincrónica a las que se refieren los dos elementos que lo componen: historia y sociedad. Castoriadis pretende dar cuenta de la tradición griega –el pensamiento de Anaximandro es una referencia ineludible– de pensar la indeterminación de lo social y lo inscribe en la preocupación moderna sobre la institución (imaginaria) de la sociedad. En este aspecto plantea la imposibilidad de una representación plena de lo presocial (que denomina extrasocial o natural) en las instituciones sociales. Esto implica, primero, reconocer una instancia más allende de la sociedad, y segundo que siempre existe un corrimiento, un exceso de esa instancia que sirve de apoyo y sobre la cual se produce la sociedad (Castoriadis, 1986 y 2007).

En este sentido, “Lo social es una dimensión indefinida [...]Es lo que no puede presentarse más que en y por la institución, pero que siempre es infinitamente más que esa institución” Castoriadis (2007: 178). Así, lo Social –que referiremos con mayúsculas– “siempre

excede los límites de todo intento de constituir la sociedad” (Laclau, 2000: 105), y oficia como un *campo* de discursividad que rebasa y es condición de posibilidad de lo discursivo (Laclau y Mouffe, 2004: 154). Lo social funcionaría en forma análoga a lo real en Lacan, como aquello que resiste a la simbolización, proveyendo ese exceso de sentido, causando esa perpetua falla en el intento por constituir la objetividad social. Esto supone, en palabras de Laclau, “aceptar la infinitud de lo social, es decir, el hecho de que todo sistema de estructuras es limitado, que está siempre rodeado por un ‘exceso de sentido’ que él es incapaz de denominar” (2000: 104) Esta dimensión, lo social, no corresponde ni a elementos presociales, ni naturales, sino a un conjunto de prácticas sociales, históricas, sedimentadas, heterogéneas, potencialmente infinitas e indeterminadas.

El campo de lo social constituye un verdadero magma que funciona como el trasfondo sobre que opera la lógica de lo político. En esta misma perspectiva se inscribe el pensamiento

4. La relación entre lo social y la política, entre el caos y el orden, entre el estado de naturaleza y la sociedad, entre el conflicto y la paz, son temas clásicos en la filosofía política. Tanto a partir de Maquiavelo como de Hobbes la teoría y la filosofía política moderna ofreció un tratamiento del tema de la construcción del orden político dando lugar a las reflexiones constructivistas.

5. Los aspectos ontológicos puestos en juego por autores contemporáneos no pueden aquí ser desarrollados con la exhaustividad que requieren, no obstante resulta imprescindible para nuestros propósitos nombrar algunos claves, especialmente por sus implicancias teóricas y epistemológicas para pensar el conflicto y los sujetos políticos. En particular aquellos que articulan las preguntas por la conformación política del orden social, su reproducción, su disrupción y su cambio.

de Lefort que recupera el lugar de lo político instituyente de una totalidad simbólica a partir de la producción de imaginarios. Esto implica postular la indeterminación constitutiva del orden social (Lefort, 1990: 191) y fundamentalmente que lo político se constituye como lugar privilegiado de análisis para la comprensión de los procesos sociales adquiere importancia epistemológica en tanto hace inteligible el orden social. Por lo tanto si nos preguntamos por las sociedades contemporáneas irremediablemente debemos buscar en el lugar de “lo político” que instituye la sociedad (Lefort, 1991: 239). La indagación en la esfera instituyente nos orienta en la centralidad de los sentidos y de la dimensión simbólica.

Lo político⁶ implica entonces una operación hegemónica discursiva sobre el terreno de lo social para dar lugar a la existencia de ese objeto fallido que es la sociedad (Laclau, 2000: 51). No obstante, ésta siempre conducirá al fracaso en tanto lo social es imposible de representar en la sociedad, hay un “exceso de sentido” (Laclau y Mouffe, 2004: 151) que se resiste a ser completamente ordenado. Lo político adquiere

un papel fundamental porque permite pensar el paso de uno a otro (siempre es un paso fracturado) a partir de la articulación del discurso (Dyrberg, 2008: 301) hegemónico mediante la producción de puntos nodales que fijan –parcialmente– sentido: lo político tiene “el status de una ontología de lo social” (Laclau y Mouffe, 2004: 14). Sin embargo, como decíamos, la operación hegemónica completa se enfrenta a una perpetua imposibilidad de cierre (sutura) lo que hace que Laclau se refiera provocativamente a “la imposibilidad de la sociedad” (Laclau y Mouffe 2004, Laclau 2000: 45). Hay algo (lo real, lo social) que excede la significación, que no puede dominarse por completo y que en algún momento puede agrietar la estructura. De este modo el orden social es constitutivamente fallido tanto por exceso –lo social es siempre más que la sociedad– y porque hay algo que falta –un fundamento último que detenga el juego de las diferencias en la perspectiva derrideana– (Laclau, 2003).

No obstante, el orden es necesario (aunque imposible⁷), la construcción de un orden implica el olvido (la represión) del momento originario de institución de la sociedad. Esta amnesia procura arrastrar consigo la contingencia constitutiva de todo orden social (Rancière, 1996: 30). En efecto, cuando el proceso de institución ha sido exitoso, y avanza el olvido de la contingencia, el sistema opera con una lógica delimitada por el acto hegemónico fundacional (Laclau, 2000: 51). Sin embargo, en tanto las huellas del proceso político de institución de la sociedad permanecen y existe una falla constitutiva del orden (Norval, 2004: 143), el momento originario puede reactivarse, es el momento del “recuerdo de la contingencia” (Žižek, 1998) frente al “olvido de los orígenes” (Laclau, 2000: 51) –que no es otra cosa que la historicidad del ser– se abren espacios de reconfiguración de la estructura social. Ese lugar potencialmente subversivo es

la presencia de lo político, un momento de indecibilidad (Stäheli, 2003: 5) aún en una estructuración del orden más o menos estable y gestionada por la política y la policía (Rancière, 1996).

La concepción del orden social como una construcción hegemónica vinculada a lo político implica considerar que dentro del orden –mediante operaciones singulares de exclusión– se producen desigualdades y diferencias, cuyo resultado es la instauración de lugares dominantes y lugares subalternos. Las relaciones asimétricas en determinado ordenamiento de la sociedad generan posiciones de subalternidad en tanto quienes ocupan esos lugares se ven sometidos a las decisiones de otros en una estructura de dominación. De este modo, en un orden social pueden encontrarse múltiples y heterogéneas formas de sometimiento que operan en la sujeción-subjetivación, produciendo y reproduciendo el ordenamiento. En este sentido es pertinente hablar de posiciones de sujeto (Foucault, 1970). Sin embargo, el ejercicio del poder no se despliega sobre la pasividad de los sujetos, no sólo porque donde hay poder hay libertad, sino también porque esas relaciones sociales de subordinación pueden ser lugares de resistencia colectiva. Esto no significa que en esos nodos se erijan necesariamente la rebelión o la lucha social como respuesta, algo que supondría una visión espasmódica de los acontecimientos sociales. El conflicto social, así como el sometimiento, es un proceso social histórico y contingente. En esta perspectiva el análisis político debe asumir la tarea de indagar tanto las formas eficaces de la dominación como en qué condiciones una situación de subordinación se politiza (se transforma en opresión) y cuáles son los alcances de esta operación tanto en la constitución de los sujetos políticos como en la conformación del orden social.

6. La distinción entre lo político y la política, términos de inspiración scmittiana y arendtiana, es para el pensamiento político posfundacional el síntoma del fundamento ausente. En esta perspectiva, diferentes autores como Chantal Mouffe, Claude Lefort, Paul Ricoeur, Norbert Lecher, entre otros, han trabajado la distinción entre lo político y la política como categorías analíticas para el análisis (Retamozo, 2010).

7. La idea de algo imposible y necesario muestra el carácter paradójico del orden social. Laclau evoca la fórmula lacaniana de “la mujer no existe” para referir a la imposibilidad de un cierre pleno que conforme la sociedad como un sistema cerrado y de esta manera destaca el carácter incompleto, abierto y contingente de las sociedades.

2. Sujetos políticos en perspectiva metodológica

El problema de los sujetos sociales ocupa en la obra de Hugo Zemelman un lugar destacado. En tanto que “los sujetos deben ser vistos en su proceso de constitución, como condensadores de historicidad” (Zemelman y Valencia, 1990: 90), permiten tanto un abordaje de procesos históricos como de los acontecimientos políticos de disputa por hacer efectiva las potencialidades contenidas en el presente. La dimensión de la historicidad es clave en tanto comprende un doble registro, tanto la condensación del pasado como la articulación en el presente de esas potencialidades propias del carácter proyectado del futuro.⁸

Los sujetos sociales tienen una densidad epistemológica ya que pueden ser construidos como objetos de investigación que excede el análisis del actor para convertirse en puertas de entrada a procesos de larga duración, dimensiones complejas y la articulación de la temporalidad. Es decir, son “objetos epocales”. En tanto el tratamiento de los sujetos emergentes en los procesos sociales permite indagar los diferentes niveles a la vez que incorporan desafíos metodológicos para las ciencias sociales anquilosadas que no encuentran modos de abordar en un “objeto” aspectos como el movimiento, la potencialidad, la indeterminación y el futuro.

Esta posición sugiere no tomar a los sujetos sociales como “datos”, sino indagar en los procesos sociales, históricos, políticos y culturales implicados en su constitución. La incorporación del pensar gerundial (lo que se está dando, ocurriendo, desarrollando) es propio del pensamiento político en la perspectiva de Zemelman. En consecuencia, se abre el terreno de investigación sobre las formas de elaboración de subjetividades colectivas capaces de significar determinadas

relaciones sociales constitutivas del orden social como lugar de desacuerdo y que dan lugar a procesos que permanecen abiertos y en movimiento, arrojados a la indeterminación de no tener un futuro escrito y por lo tanto a ser portadores de potencialidad. En este camino existe una doble vía de relevancia para el estudio de los sujetos sociales. Por un lado, por su carácter de condensadores de historicidad, articulación de temporalidad y rai-gambre multidimensional, que los ubica como un objeto que incluye aspectos del orden social e histórico. Por otro lado, la centralidad de los sujetos sociales reedita una preocupación por el sujeto luego de su vaticinada muerte, fragmentación y disolución pregonada por enfoques posmodernos. Es evidente que no se trata de ese sujeto protagonista *a priori* de la historia, sino de recuperar la pregunta por la conformación de sujetos sociales y políticos y su lugar en los procesos de reproducción y cambio social.

La centralidad de los sujetos colectivos se traduce en términos teóricos y epistemológicos. En la dimensión teórica se abre la consideración de los sujetos como una construcción histórico-política que tiene su origen en la experiencia colectiva, en la apropiación de la historia, la elaboración de las demandas, acciones, proyectos e identidades. Esto nos indica que instancias como la producción de la demanda, la decisión y la voluntad colectiva son analíticamente previas a la constitución del sujeto. Es por ello que algunos autores han sugerido (De la Garza, 2001) que la idea de subjetividad colectiva puede ofrecernos una herramienta analítica para dar cuenta del proceso de articulación de significados y producción de sentido que habilita a la acción performativa del sujeto. En consecuencia, subjetividad y sujeto se distinguen analíticamente y complementan para pensar la constitución de los sujetos políticos que disputan el orden social.

La categoría de subjetividad colectiva ofrece la posibilidad de avanzar en la indagación de la conformación de los sujetos al incorporar múltiples dimensiones constitutivas de éstos. Si la concepción del orden social nos habla de la producción de posiciones de sujeto (sujeciones), la idea de subjetividad colectiva se instaura como terreno de disputa por esos sentidos dominantes. Allí convergen tanto el momento de sujeción (producido por el orden) como el de subjetivación capaz de generar nuevos lugares de enunciación y acción histórica. Este primer gesto de subjetivación se materializa en los desplazamientos significativos, la puesta en cuestión de sentidos dominantes y la apertura de nuevos campos de experiencia. El resultado es la reapropiación de la situación posicional desde otros parámetros a partir de la incorporación de diferentes elementos en el proceso subjetivo. Evidentemente estos elementos no son por necesidad emancipatorios; historicidad y contingencia son características de este proceso que no puede determinarse *a priori*. No obstante también queda latente la opción que la subjetividad genere la apertura de la apropiación colectiva de la historicidad (del pasado-presente y futuro).

La ruptura con los esencialismos y el trascendentalismo para pensar los sujetos nos conduce a considerar la constitución de los sujetos como inacabados y en proceso. Allí la idea de subjetividad también ayuda a pensar estos dinamismos indeterminados ya que la elaboración de nuevos campos de experiencia nada nos

8. La dimensión proyecto-futuro se vincula con la necesidad utópica reclamada por el pensamiento zemelmaniano: “La utopía entendida aquí como una expresión de la subjetividad social que incorpora la dimensión futura como potencialidad del presente [...] La utopía transforma el presente en horizonte histórico, mas no garantiza la construcción de nuevas realidades” (Zemelman y Valencia, 1990: 94).

dice de los contenidos de las mismas. Es allí donde cobra centralidad la noción de experiencia que han desarrollado autores como E. P. Thompson (1989) en tanto terreno de constitución de los agentes sociales.⁹ La experiencia colectiva es posibilitada por una particular articulación de la subjetividad que a la vez se ve modificada por el transcurrir. En este campo los procesos identitarios, la reapropiación de la propia práctica y la significación de los “otros”, la consolidación de significados aglutinantes y la elaboración de proyectos son de suma importancia para la investigación (Restrepo, 2007).

9. La obra de Thompson es un punto ineludible en la discusión teórica y metodológica para el abordaje de la construcción de los sujetos sociales, su *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Thompson, 1989) en este sentido resulta uno de esos libros fundamentales.

10. Dussel lleva publicado dos volúmenes de la *Política de la liberación* pensada originalmente como una trilogía. La actualidad del pensamiento dusseliano y su carácter de “en producción”, al igual que el de los otros autores centralmente convocados en este trabajo, Ernesto Laclau y Hugo Zemelman, alimentan aun más la importancia de establecer un diálogo fructífero entre sus obras, el cual apenas se ha esbozado (especialmente en la recepción de Dussel de la obra de Laclau 2001, 2006 y 2009), y en el marco del IPECAL donde hemos sido testigos en 2006 de un encuentro entre Dussel y Zemelman en el marco del evento “Octubres Latinoamericanos” en el que también participaron Aníbal Quijano y Enrique de la Garza y que se realizó en Pácuaro, Michoacán, México.

11. Según la expresión de Álvaro García Linera (2008).

12. En este sentido coexisten en los ordenamientos actuales una multiplicidad de víctimas: trabajadores, mujeres, negros, homosexuales, indígenas, ancianos, desempleados, desplazados, sin-papeles, exiliados, etc., cada uno articula un modo de ser negado y se convierte también en un punto de partida para la transformación de ese orden de dominación que lo niega.

La reconfiguración de la subjetividad colectiva permite, también, avanzar en el análisis de la construcción de antagonismos sociales. El proceso de identificación-significación de una situación como injusta para un colectivo (un “nosotros” que se define el daño) conlleva la formación –aunque inicialmente difusa– de una identidad que demanda a un “otro” en referencia a ciertos aspectos puntuales. La acción de insubordinación que articula resistencias implica un cuestionamiento al orden o ciertos aspectos del ordenamiento que se interpelan como ilegítimos. De este modo se devuelve al orden social su carácter contingente e indeterminado, se devela el carácter político que funda el ordenamiento.

Los antagonismos sociales también se constituyen como claves para el análisis de las subjetividades puestas en juego y de los sujetos resultantes, también porque requieren de una indagación de los contextos sociales que son condición de posibilidad del conflicto, los cuales a su vez son desestabilizados por el acontecimiento disruptivo. En efecto, el conflicto como una particular producción histórica permite indagar los modos mediante los cuales los grupos se conforman, actúan colectivamente y luchan por los determinados ordenamientos de la sociedad. Desde las protestas hasta los movimientos políticos, pasando por los movimientos sociales, pueden considerarse como instancias en las cuales la definición de un antagonista es una clave para su análisis.

La filosofía de la liberación, especialmente las últimas obras de Enrique Dussel desde su *Ética de la liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión* (1998), y especialmente los escritos recogidos en *Hacia una filosofía política crítica* (2001), y las *20 Tesis sobre política* (2006) que esbozan la arquitectónica de la magna obra en proceso *Política de la liberación*,¹⁰ viene realizando singulares aportes que

escasamente se han incorporado a la reflexión y la investigación en ciencias sociales. La distinción ontológica que identificamos entre lo *político* y la política es trabajada por Dussel como la distinción entre la *potestas* y la *potestas* (2006 y 2009). Es decir, la filosofía de la liberación parte de la concepción del poder de la comunidad como *potestas* última que se objetiva en instituciones (potestas, y su máximo exponente el Estado). El dominio de la potestas no debe escindirse de la *potestas* que le da fundamento, puesto que esta fetichización del poder constituye el acto de corrupción que aniquila a lo político.

La reflexión de Dussel, como todo pensamiento situado, parte del análisis de las relaciones sociales históricas que rigen los ordenamientos políticos, especialmente coloniales o periféricos. En efecto, el filósofo latinoamericano identifica la condición de poder fetichizado en muchos de los países de América Latina, así como los procesos de emancipación que buscan recuperar el poder-*potestas*, por ejemplo, en el caso de los movimientos sociales. Es en este contexto que cobra también un lugar clave la construcción de los sujetos políticos que encarnan la potencia plebeya¹¹ y que abren los espacios (co)instituyentes.

Partiendo del hecho que todo orden social –sistema vigente en terminología dusseliana– genera relaciones asimétricas, produce exclusiones, dolor y sufrimiento, es decir, produce “víctimas” a las que niega en su proceso de positividad, la filosofía de la liberación identifica el potencial subversivo y emancipatorio de aquellos que se ubican en la posición de la subalternidad (o de la exclusión).¹² De este modo se ha ocupado centralmente de las prácticas de resistencia de las víctimas del sistema vigente y su *praxis* de transformación. Autores como Rancière (1996) postularon que el daño se produce cuando la policía que gestiona el orden social vulnera el principio de

igualdad-libertad que sostiene a la comunidad, Enrique Dussel propone a la vida humana como criterio de validez universal.

En su *Ética de la liberación* (1998), Dussel defendió un principio ético universal —la vida humana— a partir del “principio de la obligación de producir, reproducir y desarrollar la vida humana concreta de cada sujeto ético en comunidad” (1998: 91). Este principio ético, crítico y material asume formas diversas en los modos particulares de vida (culturas) pero no pierde su carácter rector. Ahora bien, en el orden social vigente a nivel planetario y a niveles locales, se producen una serie de negaciones de la vida humana que violan el principio estipulado. Esto ofrece la posibilidad de impugnar éticamente los procesos sociales e instituciones que materializan la negación del principio de la vida. Pero la filosofía de la liberación va más allá de la mera denuncia ética en tanto se propone como un modo de intervención crítica al posicionarse del lado de la comunidad de víctimas en un horizonte de *praxis* de liberación.

El análisis de la filosofía de la liberación, entonces, incorpora el dolor de la víctima como el origen material primero de toda crítica a las instituciones vigentes. Esta negatividad producida por el orden social y sus instituciones es el punto de partida de una afirmación radical de la vida negada. La afirmación de la negatividad producida por la positividad del orden pone en cuestión su validez y se transforma en vehículo de superación hacia nuevos modos de ordenamiento que tienen pretensión de ser emancipados.¹⁴

En la crítica al sistema, normas e instituciones vigentes, son las víctimas las que asumen el reclamo por la disolución del ordenamiento que las niega. Las demandas son elaboradas por las víctimas a quienes de diferentes modos las instituciones vigentes en el orden social les niegan la vida. De este modo

es posible hablar de una comunidad víctimas, que se produce cuando los diferentes grupos que sufren la subalternidad se reconocen en un espacio común intersubjetivo.

Los movimientos sociales, en esta perspectiva, son concebidos como “comunidades de comunicación crítica de los excluidos, de lo situados asimétricamente, de los dominados, de las víctimas” (Dussel, 1998: 325), que asumen el lugar de sujetos históricos y vehículos de transformación. Desde la experiencia de la negatividad, del cercenamiento de las potencialidades humanas, corporales, intelectuales, artísticas, eróticas, afectivas, puede surgir el ejercicio “ético-utópico” de proyección de modos de relaciones humanas que para la filosofía de la liberación encuentran referentes en la dignidad, la humanidad, la libertad y el reconocimiento. La conformación de estos sujetos políticos (sociales e históricos) está estrechamente vinculada con la construcción de subjetividades que identifiquen activamente su situación subalterna y signifiquen el daño en términos políticos. Dussel llama a esta configuración “comunidades con conciencia explícita de encontrarse en una situación de dominados” (1998: 333).

Las diferentes víctimas del sistema vigente pueden entrar en un proceso de articulación cuando producen espacios intersubjetivos de reconocimiento de modo tal que se conforma la “comunidad de víctimas”. Allí la tarea de los intelectuales críticos es relevante puesto que pueden colaborar en las traducciones necesarias entre posiciones de sujetos heterogéneos. La conformación de este bloque social de los oprimidos (el pueblo), como los llama Dussel, de central importancia para procesos sociales históricos y actuales en América Latina, es posible estudiarla a partir de indagar en la conformación de las subjetividades colectivas y los sujetos políticos. Los sujetos colectivos encarnan el espectro de lo po-

lítico y abren dimensiones destituyentes (el momento negativo, la resistencia, la protesta) y (re)instituyentes.

3. Hacia nuevas miradas para la investigación

Es evidente que la teorización de los sujetos políticos requiere de desarrollos para constituir una plataforma de investigación de las diferentes expresiones de disputa por el orden social en América Latina. En este sentido, las obras de Ernesto Laclau, Hugo Zemelman y Enrique Dussel ofrecen sugerentes aportes para el pensamiento crítico latinoamericano, especialmente en la reflexión en torno a los sujetos políticos, su acción y sus proyectos. La concepción de los sujetos como construcciones históricas que articulan dimensiones y temporalidades, que pueden intervenir en el curso de la historia, desgarrar el tiempo, reconfigurar las opciones de futuro nos obliga a desarrollar categorías en el marco de la filosofía y de las ciencias sociales para comprender (y actuar) en y sobre las realidades sociohistóricas contemporáneas. Los tres autores aportan en esta perspectiva.

No obstante, también es una tarea imperiosa —ya en el marco de las ciencias sociales— el avanzar en la identificación de campos epistemológicos densos que puedan ofrecernos espacios para anclar las investigaciones sociales de los procesos políticos en que los sujetos tienen especial relevancia. A la vez de replantear

13. Esto permite cuestionar instituciones cuando no cumplen con el principio ético.

14. Fácticamente el orden perfecto es imposible, el ser finito de la humanidad nos condena a la imperfección, pero no por ello a la tragedia de repetir modos de sujeción dañina. La conformación del nuevo orden deberá siempre estar abierta a las críticas ante un posible devenir entrópico que genere nuevos sufrimientos.

los modos de relación entre la investigación social –académica– y los procesos histórico-políticos. Las dimensiones puestas en juego en las experiencias históricas ponen muchas veces en tensión los modos tradicionales de hacer ciencia social al incorporar aspectos como la negatividad, el proyecto de futuro, las potencialidades, lo indeterminado y el movimiento.¹⁵

La tarea de indagar los procesos de formación de estos sujetos interpela a los investigadores cual sujetos epistémicos, pero también como sujetos políticos que hacen conocimiento en un campo de disputa. De este modo la necesidad histórica de aportar al desarrollo de las ciencias sociales críticas (Dussel, 2001) no puede estar escindida de una profunda reflexión epistemológica y metodológica.

Es en esta perspectiva en la que se inserta la propuesta del (re)constructivismo, suplemento epistémico-metodológico para la teoría del sujeto político. Asumir esta dirección implica la asunción radical de los postulados de la realidad como una construcción histórico-política en diferentes niveles,

en movimiento y como articulación de espacios y tiempos múltiples (tanto diacrónica como sincrónica). Esta complejidad de la realidad social no puede ser desatendida en el nivel epistémico-metodológico. Es evidente que no es tarea sencilla el sintonizar el plano metodológico con el plano ontológico, pero esto constituye una necesidad del conocimiento riguroso si pretende dar cuenta de los procesos histórico-políticos.

En este plano podemos considerar que la recolocación del sujeto epistémico asumiendo los postulados de realidad es un primer paso para obtener otros ángulos de abordaje (Zemelman, 1992). El momento de la construcción del objeto de investigación adquiere un lugar clave en el proceso de investigación desde esta perspectiva. Allí es el sujeto el que se coloca frente a un proceso dinámico por conocer, cuya complejidad no puede ser congelada en una objetividad estática. En efecto, la tarea de construir conocimiento desde las ciencias sociales encuentra en la construcción del objeto uno de los principales desafíos por la necesidad, no de “recortar”, sino de incluir múltiples dimensiones que enriquezcan al objeto, que lo doten de densidad epistémica. De este modo no se trata de seleccionar un objeto y recortarlo, sino de construir mediante una operación cognitiva una objetualidad que recupere (reconstruya) las complejidades de las sociedades.

Vinculado a lo anterior otro de los aspectos fundamentales que requieren de atención se ubica en la forma y el lugar de la teoría en el proceso de conocimiento. La propuesta de Enrique de la Garza de entender a las teorías como “configuraciones teóricas” busca salirse de la exigencia de rigidez hipotético deductiva y de este modo poner en sintonía las necesidades de teorización con los movimientos propios de la realidad sociohistórica.

No podemos detenernos aquí más que en consideraciones generales como

las que se presentaron, no obstante para finalizar podemos mencionar algunas de las implicancias metodológicas que orientan el desarrollo de una epistemología reconstructiva para el estudio de los sujetos políticos. El método que se inicia como postura encuentra en la descripción articulada una de las herramientas propicias para iniciar la problematización de un campo temático. La descripción articulada no supone una simple descripción, sino una herramienta desde la cual es posible problematizar un campo temático, produciendo conceptos ordenadores y como una instancia de reconstrucción de la totalidad pertinente (los diferentes niveles, tiempos, espacios que confluyen en el campo temático definido como anclaje de la investigación).

En tanto la construcción política del orden social opera en la estructuración discursiva el análisis de los significados constituye uno de los pilares fundamentales en la metodología de la reconstrucción. La atención a los sentidos (que embeben plexos estructurales) y los significados articulados constitutivos del orden social insinúan la importancia de los métodos cualitativos y aún más las estrategias interpretativas en la investigación. Esto se potencia si tenemos en cuenta que el estudio de los sujetos colectivos también se concentra en analizarlos como espacio articulador de significados, portadores de historia, constructores de experiencias y actualizadores de los futuros potenciales que los habitan. Las dimensiones de la historicidad, la memoria, la experiencia y los proyectos encuentran en su manifestación significativa la posibilidad de “operacionalizar” campos para ser abordados con técnicas inscriptas en la tradición cualitativa interpretativa. El desafío sigue planteado e involucra diferentes aspectos de la investigación en ciencias sociales: ontológicas, gnoseológicas, epistemológicas, éticas y políticas.¹⁶



15. Unas preguntas bastan, a modo de ejemplo, para evidenciar los desafíos del abordaje de los sujetos colectivos para las ciencias sociales ¿Cómo incorporar el “movimiento” de los Movimientos Sociales en los objetos de estudio? ¿Cómo incorporar el futuro y la potencialidad en el marco de las ciencias sociales?

16. No debemos olvidar que estos esfuerzos vienen planteándose desde hace años en la incesante búsqueda de alternativas para la investigación social que la resitúen como una práctica de liberación involucrada en los procesos políticos de América Latina. Sólo basta nombrar a Orlando Fals Borda para sugerir que la apropiación de las reflexiones epistemológicas es una tarea urgente con proa puesta en colocar a las ciencias sociales latinoamericanas en el lugar que los tiempos actuales exigen.

- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tousquest, Buenos Aires.
- Castoriadis, C. (1986). *El campo de lo social histórico*. Estudios: filosofía-historia-letras. Primavera, Núm. 4. ITAM, México.
- De la Garza, E. (2001). "Subjetividad, cultura y estructura", *Revista Iztapalapa*, Núm. 50, México.
- De la Garza, E. (2001b). "La epistemología crítica y el concepto de configuración", *Revista Mexicana de Sociología* 1/2001. <<http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/articulos/configuraciones.pdf>>
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur*. CLACSO-Siglo XXI; Buenos Aires.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión*. Trotta, Madrid.
- Dussel, E. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. Descleé, Bilbao.
- Dussel, E. (2009). *Política de la liberación*. Vol. II. Trotta, Madrid.
- Dyrberg, T. B. (2008). "Lo político y la política en el análisis del discurso", Chrtichley y Marchart (comp). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. FCE, Buenos Aires.
- Foucault, M. (1970). *La Arqueología del Saber*. Siglo XXI. México.
- García Linera, A. (2008). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. CLACSO-Prometeo Libros. Buenos Aires.
- Jimenez, G. (1994). "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos", *Revista Mexicana de Sociología*, 2/94.
- Howarth, D. (2005). "Aplicando la teoría del discurso: el método de la articulación", *Studia politicae*, Núm. 5. Córdoba.
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Laclau, E. y C. Mouffe (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. FCE, Buenos Aires.
- Laclau, E. (2003). "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas", en Laclau, Zizek y Butler. *Contingencia, hegemonía y universalidad*. FCE. Buenos Aires.
- Laclau, E. (1998). "Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía", en Mouffe (comp). *Deconstrucción y pragmatismo*. Buenos Aires, Paidós.
- Lefort, C. (1990). "Democracia y advenimiento de un lugar vacío", en *La invención democrática*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lefort, C. (1991). *Ensayos sobre lo político*. Ediciones Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Badiou, Lefort y Laclau*. FCE, Buenos Aires.
- Norval, A. (2004). "Hegemony After Deconstruction: the Consequences of Undecidability", *Journal of Political Ideologies*, 9(2).
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo*. filosofía y política. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Restrepo, E. (2007). "Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio", en *Revista Jangwapana No. 5*, <<http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/identidadesjangwana.pdf>>
- Retamozo, M. (2010). "Lo político y la política. Sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Núm. 206.
- Stäheli, U. (2003). "Undecidability ante the Political", pp *Working Paper No. 21/2003*, <<http://ep.lib.cbs.dk/download/ISBN/8791181631.pdf>>
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica, Barcelona.
- Zemelman, H. (1987). *Conocimiento y sujetos sociales*. El Colegio de México. México.
- Zemelman, H. (1992). *Los horizontes de la razón*. II Tomos, CRIM-Anthropos. Barcelona.
- Zemelman, H. (1997). "Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica", en León y Zemelman (coords.). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades, Barcelona.
- Zemelman, H. y G. Valencia (1990). "Los sujetos sociales. Una propuesta de análisis", en *Acta Sociológica*, Vol. III, Núm. 2. FCPS-UNAM, México.
- Zizek, S. (1998). *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*. Espacios del Saber. Paidós, Buenos Aires.